

do, tuétano y tendones de león que comunican fuerza; tarascas y mágicos que tienen fuerza sobrenatural, y otras maravillas. En cambio perteneció Bojardo a aquellos que empezaron a poner en duda la legitimidad de la ciencia astrológica, que estaba en gran predicamento en la corte de Ferrara. En esto como en su respeto a la antigüedad y a las letras modernas, perteneció Bojardo a los caracteres más libres e independientes de su época. En su poema caballescico sabe amalgamar las leyendas de la antigüedad, de Circe, de las esfinges y de Polifemo con las figuras fantásticas de la Edad media, de tal suerte que parece la cosa más natural su presencia entre estas últimas.

Bojardo no fue un poeta artista perfecto; sus caracteres son incompletos y su narración camina a saltos, porque quiere entretener a los curiosos con la abundancia y variedad de vistas y no asustar a los inteligentes con un trabajo artístico, afligranado y cincelado. Como dijo Teófilo Folengo, a quien ya conocemos como autor macarrónico y religioso, «estaba impulsado por el sentimiento poético inconsciente pero no era hábil en la expresión.» (*Plus sentimento, facili quam carmine dives*).

Hablando en su poema de Roger, el fundador de la casa de Este, ensalza como era natural a todos los representantes de esta casa, y más que a todos al duque reinante Hércules I, cuyos hechos gloriosos refiere en pomposos términos.

Francisco Berni refundió la obra de Bojardo, llena de expresiones arcaicas y mal versificada, y lo hizo en sentido burlesco, pero en un lenguaje tan elegante y en versos tan flexibles y fáciles que cayó en olvido el original de Bojardo. Este además quedó oscurecido por la obra famosa de Ariosto, poeta lírico, dramático y épico como Bojardo, y que viene a ser a este lo que el artista consumado es al principiante. Las obras líricas de Ariosto tienen verdad y vida, sus dramas proclaman su número poético y se distinguen por el movimiento y desarrollo vivo del argumento, y su gran poema épico brilla por su forma artística perfecta y un fondo que nunca envejece.

Luis Ariosto nació el 8 de setiembre de 1474, en Reggio, y murió el 6 de junio de 1533 en Ferrara. Trasládese siendo joven a esta última ciudad, luego que hubo abandonado el estudio de la jurisprudencia, al cual le había obligado su padre, y se dio a conocer con una elegía sobre la muerte de Leonor, esposa de Hércules I. Después fue empleado por el cardenal Hipólito de Este, hermano del duque, que gustaba de hacer el papel de protector de los literatos, a quienes sin embargo despreciaba como gente aduladora, y posteriormente desempeñó cargos oficiales en el reinado del duque Alfonso I, en cuyo servicio saboreó todos los gustos y disgustos, todos los honores y ventajas, y todos los ultrajes y cargas de la vida oficial y de cortesano. De todas estas molestias se vengó en sus sátiras, en las cuales al propio tiempo de herir a los que le ofendían, elogia y ensalza a sus favorecedores y amigos verdaderos y a la musa que le inspiraba, calmando su irritación, restituyéndole su satisfacción interior y enseñándole a despreciar los bienes materiales.

En sus poesías líricas se refleja su vida agitada. Las poesías latinas pintan sus amores efímeros, y no sin razón escribió en su obra: *De diversis amoribus*: «Hoy amo a Juana y mañana a Susana;» porque, en efecto, más que la belleza y el talento, buscaba en estos amores la bondad del corazón.» En sus poesías italianas pinta sus amores con Alejandra Strozzi, con la cual, desde 1513, renunciando a otras relaciones amorosas que habían tenido sus consecuencias naturales, vivió secretamente casado, porque una canonja que disfrutaba le impedía contraer matrimonio legal. Alejandra era para él, según decía, «el puerto donde veía disiparse los vien-

tos y tempestades del mar;» ella le incitaba al trabajo, y hasta se cuenta que cada mes le pedía un canto nuevo o perfeccionado de su gran poema épico. Amábala Ariosto, según él mismo decía, «por su alma noble y franca, su conducta recatada y su elocuencia, efecto de la superabundancia de su corazón.» En las cartas que escribió a la familia Strozzi firma como su «canciller,» y cuando le comunica el nacimiento de una hija, lo hace en términos tan entusiastas que llega a decir: «Si alguna vez llegara a arrepentirme (de su amor), que Dios me arranque la lengua y me quite la voz.» Este es el espíritu de sus poesías amorosas, sonetos, elegías, canciones y madrigales; en ellas no habla un poeta tímido y sentimental sino una fantasía exuberante, voluptuosa y sensual; se ve que no son elaboradas, sino que son la efusión natural de los recuerdos de lo que ha pasado, el eco de la dicha disfrutada. Esta dicha hace a Ariosto tolerante con las mujeres, a pesar de algunas expresiones violentas; y no obstante su rigorismo sistemático respecto a ellas, no quiere que se rebajen a ser esclavas de los hombres, sino que sean sus iguales; y pinta con hermosas frases la injusticia con que se las trata diciendo: «Cuando la mujer te agrada, ves en ella todas las virtudes.»

No siempre está alegre Ariosto y no todo es para él amor y mujeres; también clama por la libertad y se lamenta, aunque con resignación, de su suerte, que es la pobreza, y de tener en lugar del bien, el mal. En sus sátiras fustiga a sus amigos, tan liberales y prontos en promesas como lentos en cumplirlas, y en sus comedias expone a la vista de todos muchos defectos de la sociedad de su tiempo.

De las cuatro comedias que se han conservado de Ariosto merecen dos, *La Cajita* y *El Nigromántico*, que nos fijemos en ellas.

La primera lleva su nombre por una cajita llena de hilos de oro que figura en ella. Es obra de sus juveniles años y contiene un sermón que, según se dice, le dirigió su padre al encontrarle una vez ocupado en cosas impropias del estudio de las leyes. El enredo de esta comedia muy entretenida está compuesto de varios motivos, sabidos ya en aquel tiempo. Crisóbulo, encargado por algunos amigos comerciantes de la custodia de una cajita, se halla de viaje. Aprovecha su ausencia su hijo Erófilo para quitar la caja al fiel Nebbia, encargado de la casa, con el auxilio de su criado Volpino, siempre pronto a prestar la mano a todas sus tretas y picardías. El contenido de la cajita ha de servir para rescatar de manos de un tratante de esclavos llamado Lucramo, dos muchachas, Eulalia y Corisca, amante la una de Erófilo y la otra de un amigo de este, hijo del juez principal. Para conseguir su intento disfrazan a un pillo llamado Tráppola con las ropas del padre de Erófilo y lo envían con la cajita al traficante, que le da a Eulalia, una de las dos muchachas, la cual, conocida de unos criados borrachos por la amante de un joven de familia principal, es arrebatada por ellos al viejo mandadero, a quien toman por un raptor y le dan una gran paliza. Tráppola acude a referir lo sucedido a Erófilo, pero entre tanto ha regresado el padre de este, busca la cajita, y como no la encuentra, le hacen creer que el traficante de esclavos la ha robado, aprovechando el descuido del viejo Nebbia. Va Crisóbulo a casa de Lucramo, donde encuentra la cajita y se la lleva. Al llegar a su casa halla a Tráppola disfrazado con sus ropas, el cual no sabiendo dar cuenta de su disfraz ni de su presencia allí, finge ser mudo. El ladino criado hace ver al viejo que esto es culpa también de Nebbia, el encargado de la casa, pero con esta mentira no se da por contento el amo, y amenazando a los dos pícaros con el tribunal y la cárcel, les hace confesar todo el enredo, que concluye pacíficamente, contentándose Crisóbulo con ater-

rorizar con amenazas a los criados o dirigir un largo sermón a su hijo, el mismo sermón que Ariosto padre había dirigido al suyo. Después, comprando al traficante usurero las dos muchachas, da ocasión al incorregible criado de su hijo, encargado de llevar el dinero a Lucramo, de regatear para su propio bolsillo un tanto sobre el precio convenido.

Esta comedia está escrita en estilo fácil y agradable, si se exceptúan algunos discursos largos; especialmente las escenas en que figura el mandadero Tráppola, que por supuesto no siempre es mudo, son divertidísimas por lo cómicas, y la pieza presenta en su totalidad un cuadro perfecto de la sociedad de aquel tiempo.

Avaros, usureros, criados estrafalarios, padres regañones y fáciles de contentar, son tipos que se encuentran en las comedias de todos los tiempos y países; pero el astrólogo embustero y farsante, burlado a su vez, es un tipo inventado por Ariosto en la comedia de este nombre, que requería cierto valor para presentarla al público en una época y una corte donde la astrología tenía más partidarios que incrédulos.

El astrólogo de Ariosto se encarga de deshacer el encanto que impide a un joven casado, según él dice, cumplir sus deberes matrimoniales, pero que, en realidad, prefiere a su esposa otra mujer, con la cual está casado también, pero ocultamente. Este joven, su padre y su rival, cada uno de los cuales desea una cosa distinta, solicitan separadamente el auxilio del nigromántico solapado, el cual promete satisfacer a todos a cambio de la correspondiente retribución. No contento con explotar a esta gente crédula combina un robo a sus expensas que no llega a perpetrar porque se lo impiden; y también se arregla la disensión entre los miembros de la familia sin intervención del nigromántico, porque según una de las muletillas usadas en aquella época, el padre adoptivo del joven marido reconoce en la esposa amada de este su propia hija, que había creído perdida, y que se casa legalmente con su amante después de hacer anular el matrimonio con la otra mujer legítima, pero no amada. Con esto se descubre la superchería del astrólogo, el cual, después de haber sido robado por su propio criado, tiene que huir en ropas menores de la casa y de la población antes de recibir la paga merecida.

Los caracteres más interesantes y más chistosos de esta pieza son dos criados, Nibbio, que lo es del astrólogo, y tan pilla como su amo, cuya ciencia sabe ensalzar tan hábilmente como sabe ayudarlo en todas sus estafas, y Temolo, criado del joven marido, que divierte al auditorio con sus salidas burlescas contra la astrología, pero que no consigue convencer a su amo. Este le dice que los nigrománticos pueden transformar hombres y mujeres en irracionales, a lo cual contesta el criado que esto se veía cada día sin necesidad de nigrománticos, porque «apenas llega cualquiera persona a ser alcalde, empleado del gobierno, administrador de contribuciones, juez o notario, ya queda transformado en lobo, zorro, azor u otro animal; y si un imbécil llega a consejero o secretario, ¿no se transforma al instante en asno?»

Las comedias de Ariosto no son ni han sido apreciadas como lo merecen en Italia, porque cuando Riccoboni hizo representar en Venecia una de ellas, atrajo un auditorio numerosísimo creyendo oír un episodio puesto en drama del *Orlando furioso*, y viéndose chasqueado, abandonó poco a poco el local hasta dejarlo vacío y el director tuvo que hacer bajar el telón antes de concluir la pieza. La fama del *Orlando furioso* había oscurecido todas las otras producciones de Ariosto.

Cuando este comunicó a Pedro Bembo, su confidente, que estaba ocupado en componer un poema épico italiano,

aconsejóle su amigo que lo compusiera en latín, por ser obra grandiosa; y cuando presentó los primeros cantos a su amo el cardenal Hipólito, le dijo este, admirado de ver que se había servido de la lengua vulgar: «Mosen Luis, ¿qué locura os ha ocurrido de emprender semejante bufonada?» Bembo cambió de parecer como inteligente, pero el cardenal, a pesar de verse en muchos pasajes de la obra sumamente elogiado, no tuvo talento bastante para apreciarla.

El *Orlando furioso* fue publicado completo, en 46 cantos, por primera vez, en 1532, pero diez y seis años antes se había publicado en 40 cantos. Es en realidad la continuación del Rolando enamorado, de Bojardo, y con esto se explica la opinión tan corriente de que el Orlando de Ariosto no tiene pies ni cabeza, es decir, ni principio ni final, porque su principio está en la obra de Bojardo y su final se encuentra justamente en el triunfo de Roger, que como fundador de la casa de Este es, en el fondo, el personaje principal de los dos poemas, a lo menos para los dos autores, poetas cortesanos. Pero si Ariosto de esta manera resulta continuador de Bojardo, lo es como maestro y artista consumado que saca del material recibido todo lo que puede sacar un genio libre, independiente y sereno, que imprime movimiento y vida a los personajes que le legó su antecesor con un carácter tan grave y tieso que raya en lo cómico. El primer canto del *Orlando furioso* presenta cambios de escena vertiginosos y un amontonamiento tal de aventuras imposibles que parece que la intención de Ariosto fue la de ridiculizar los libros de caballería de la Edad media, tan henchidos de fábulas reñidas con la libertad poética más amplia, por no decir con la razón. No obstante este defecto, resulta el poema de Ariosto mucho más serio que el de Bojardo, que era más extenso, pero también más pesado y menos armonioso. En el de Ariosto campean la idea y el deseo de ver renovada la lucha entre los caballeros de la cristiandad y los turcos, con la victoria de los primeros, idea y esperanza representadas por el caballero cristiano Orlando y la infiel pero bella Angélica, por el infiel pero valiente Roger y por la guerrera cristiana Bradamante. Orlando, a pesar de haber perdido la razón, no sucumbe a los rigores de Angélica, y Roger, que queda sano y bueno, renuncia a su religión y se hace cristiano.

Ya dijimos que Bojardo intercaló en sus fábulas algunas de la antigüedad, muchas de las cuales dejó completamente desfiguradas. No sucede así con las que empleó Ariosto, que había hecho un estudio más profundo de los autores antiguos, a los cuales se guardó, sin embargo, de imitar servilmente; por manera que Roger está muy lejos de ser una copia de Aquiles y sin embargo es una figura clásica. Leopoldo Ranke dice: «Las mujeres de Ariosto son ó bellas, como las que hizo Fidias, ó instruidas en labores artísticas como Palas, ó viejas como Hécuba y la sibila de Cumas;» y para alabar a sus personajes masculinos, los compara por la hermosura con Nereo, por la fuerza con Aquiles, por la prudencia y prevision con Ulises, por la larga vida y la sabiduría con Nestor. «¡Siglo cruel!—exclama Ariosto en un pasaje,—lleno de Tiestes, Tántalos y Atridas, ¿en cuál Escitia se guerrea así? Era el joven más animoso que pudiera haber desde las más lejanas costas de la India hasta allí donde se pone el sol. Un Polifemo habría tenido compasión, pero tú eres peor que un ciclope y peor que los Lestrigones. El aroma que se respira en su morada es el de la India y de Saba; banquetes más opíparos no podía tener un sucesor de Nino. Al amante de Alcina llama (Ariosto) Atis, y como el viejo Proteo olvidada su rebaño y huye al otro lado del Océano, y como Neptuno engancha a su carro delfines y pasa al país de los etíopes, del mismo modo lucha Orlando con el monstruo marino.»

En el poema de Bojardo prevalece la Edad media y en el de Ariosto ocupa un lugar menos preponderante. De la antigüedad saca comparaciones, nombres y aun episodios; los personajes principales eran los de Bojardo, á los cuales solo pudo añadir algunos otros secundarios y poquísimas aventuras de su propia imaginación; y de la Edad media aprovechó, arreglándolas á su manera, las fábulas principales, por inverosímiles y maravillosas que fuesen, como las dos fuentes, una de las cuales engendra en la persona que bebe de su agua odio inextinguible, y la otra amor ardiente, ó animales encantados como el caballo Bayardo, que por haber pertenecido á Reinaldo, no quiere ser montado por nadie mas, pero que á manera de aliado fiel, «con inteligencia casi humana,» quiere conducir á su primer amo á donde está la beldad que desea con tanto ardor. Aprovechó tambien las leyendas de sortijas, escudos y otros objetos dotados de fuerzas sobrenaturales, el mágico que hace salir de un libro espíritus, y otras extravagancias, como hacer de la luna el sitio donde se guarda el elixir de la inteligencia.

Como Bojardo mezcla Ariosto con sus narraciones de sucesos pasados, fabulosos ó no, alusiones á personas y cosas de su tiempo, aprovechando todos los lances y ocasiones para de una manera mas ó menos plausible halagar á sus soberanos los duques de Ferrara y demás personajes distinguidos y protectores, como el cardenal Hipólito de Este, hijo del duque Alfonso I y hermano de Hércules II, que ni por su carácter ni por su comportamiento para con el poeta mereció tales finezas, y mucho menos la lisonja de ser llamado «un Augusto al cual el destino por sus virtudes habia dado un Virgilio.» No se descuidó, por supuesto, en incensar debidamente á las mujeres de la casa ducal: Isabel de Este, marquesa de Mantua, gran amante y protectora de las letras y artes; Lucrecia Borgia, y Renata, hija del rey de Francia Luis XII y esposa de Hércules II de Este, hijo y sucesor del duque Alfonso I, y que despues dió mucho que hablar por su inclinacion al protestantismo. No son, sin embargo, alabanzas todas sus alusiones, porque en los cantos III, 62, y XLI, 67, insinúa, por supuesto, con infinitas precauciones y de un modo muy velado, que el destino es mudable, que en la historia pasada de la gloriosa casa de Este hay cosas condenadas al olvido y que en el porvenir le sucederán otras que mejor será cubrir con espeso velo.

Respecto de la situacion política de su patria, deplora su estado presente y su porvenir acusando á las naciones extranjeras de ser la causa de la desgracia de Italia. En sus sátiras y poesías muestra su odio á los españoles y en el Orlando habla en el mismo sentido de los franceses. Verdad es que en el canto XXXIII (10) se consuela con la profecía hecha á Faramundo de que Italia será la tumba de cuantos ejércitos franceses la invadieren, porque el destino no quiere que la flor de lis se arraigue en su suelo; pero á pesar de esto queria Ariosto que los italianos contribuyesen por su parte para arrojar de su país á los dominadores é invasores extranjeros. Al pasar revista á todos los príncipes italianos, encuentra con dolor que ninguno es propio y capaz para acaudillar el movimiento patriótico, y lo que es peor, que ni los príncipes ni los pueblos italianos cumplen siquiera con sus obligaciones. Los primeros, cuyas iniquidades exceden de todos los limites, en lugar de velar por sus pueblos, como el buen pastor por su rebaño, los devoran como lobos y desconocen su elevada mision, de la cual á los ojos del poeta forma una parte principal una guerra contra los turcos. A los italianos en general dice: «¡Desgraciada Italia, sentina hedionda, yaces indolente é indiferente sin sentir que has llegado á ser la sierva, y mas que sierva, la esclava de otras naciones!»

Si el estado político de su patria y nacionalidad le entristecia, en cambio le alegraba el de las letras y el gran número de poetas y autores que hacian honor á su país. En el canto XLV, versos tres hasta diez y ocho, enumera los amigos y conocidos que elogiaban su obra, cuya lista comprende casi todos los hombres y mujeres célebres de su época. Muchos cita solamente de nombre, y á otros, entre ellos Vida, Bibbiena, Bembo, Sannazaro, etc., caracteriza muy bien con pocas palabras.

Todas estas menciones y alusiones son accesorios que poco ó nada tienen que ver con el argumento principal del poema, cuyo objeto material y ostensible es celebrar los combates, aventuras y amores de los paladines de Carlo-Magno, y que son tantos, que es tarea imposible resumirlos aun reduciéndolos á su menor expresion. Orlando, que da el nombre á todo el poema, apenas es mencionado en la primera mitad de la obra, y léjos de formar su demencia ó furia el motivo de toda ella, solo es el motivo del canto XXIII. En este canto refiere Ariosto la llegada de Orlando, persiguiendo á un enemigo suyo, á un sitio donde la hermosa Angélica, la mujer de todos sus deseos, nunca realizados, se refocilaba con su amante Medoro. En todas partes ve allí escritos y grabados los dos nombres, y cree al principio que la hermosa Angélica ha puesto por disimulo el nombre de Medoro por el de Orlando; pero pronto recibe el mas cruel desengaño al ver escritas á la entrada de una gruta, en la cual los dos amantes habian descansado, versos que no le debian dejar duda de las relaciones de Medoro con Angélica (canto XXIII, octavas 108 y 109).

Repígnale, sin embargo, todavia, creer en su desgracia, y quiere persuadirse de que alguien ha imitado la letra de su amada, pero tambien le saca de este error un labrador en cuya casa pide hospitalidad y el cual le cuenta todo lo que allí ha sucedido; y cuando el mismo labrador le da por lecho el mismo que habia servido á los dos amantes, no resiste ya mas; se vuelve demente furioso, se precipita fuera de la casa y corre á la gruta, donde le revelan su desgracia aquellos versos; los borra en seguida, y luego destruye todo cuanto puede haber á las manos, hasta que cae rendido en el suelo. Allí queda aletargado tres días; al cuarto se despierta, y al ver la destruccion que ha hecho queda avergonzado, rasga sus vestidos y arroja las armas léjos de sí. En este estado le deja el poeta, hasta que en otra ocasion le vuelve á la escena para hacerle repetir sus actos insanos, ora pueriles, ora monstruosos y feroces; pero ni demente, ni antes de serlo ni despues de curado, es el personaje principal del poema. Cúrase por la intervencion de su primo Astolfo, que montado en un hipógrifo habia llegado cerca del paraíso terrestre, donde el evangelista San Juan le da noticia de la demencia de su pariente como castigo de su amor á la pagana Angélica, diciéndole que puede recobrar su sana razon si bebe el contenido del frasquito de la inteligencia, que con otros elixires se guarda en la luna. Inútil es decir que el autor no retrocede ante esta dificultad, y deja que Astolfo vaya á buscar el frasquito á nuestro satélite, con el precioso remedio.

Difícil es para los lectores modernos y muy particularmente para los alemanes hacer justicia al poema de Ariosto, porque en él no encuentran lo que esperan encontrar en un poema épico formal, á saber, la narración de hechos que comprenden y que corresponden á su modo de sentir, amén de pensamientos brillantes. Nadie que haya leído las epopeyas de los antiguos clásicos y los poemas de Dante, Milton ó Klopstock, estará satisfecho con el de Ariosto, porque todo lo que gusta al lector meridional, y al italiano en especial, y mucho mas al italiano del siglo xvi, á saber, la incomparable habilidad de

narrar, de amontonar aventuras diversas y de cautivar con esto la atencion del lector, las imágenes magnificas sacadas de la antigüedad ó de la naturaleza, los cuadros sensuales del amor, y sobre todo, el encanto de las octavas armoniosas y sublimes, son méritos muy secundarios para el aleman; por eso nunca ha sido popular en Alemania el *Orlando furioso*, y las pocas traducciones que se han hecho, y que por cierto están muy léjos de la perfeccion, solo son leídas por un público reducidísimo. Sin embargo un aleman, Goethe, es quien ha escrito el juicio mas brillante de este poema, en el primer acto de su drama *Tasso*, escena cuarta.

CAPITULO XIII

NÁPOLES

Habia empezado el reino de Nápoles, bajo el gobierno del rey Ladislao, á reponerse de los desórdenes que habian acompañado el reinado de Juana II; el órden estaba restablecido en el interior y el país respetado en el exterior, tanto que los amigos del rey esperaban y sus enemigos temian que pronto tomara disposiciones para reunir bajo su cetro toda la Italia, cuando súbitamente le arrebato la muerte en 1414 y deshizo todo lo que se habia hecho, así como las esperanzas que se habian abrigado. La dinastía de los Anjou camina á su fin, pero todavia pasó una generacion antes de que cumpliera su destino, y, durante este período, sus últimos vástagos degenerados fueron juguete de los soberanos italianos mas poderosos y del rey de Aragon, llamado por la misma Juana II. Por fin, el aragonés se apoderó del trono y empezó para Nápoles y para el Renacimiento una nueva era. El 2 de junio de 1442 hizo Alfonso de Aragon su solemne entrada en Nápoles, solemnidad muy notable y ruidosa que fué descrita con todos sus pormenores en una obra que todavia existe. No fué este acto aparatoso un insulto arrojado á la cara de los napolitanos por un usurpador brutal, sino el homenaje hecho al genio de la antigüedad clásica y al de la Italia de entonces con sus caprichos y aficiones á procesiones y alegorías. Apenas sentado en el trono, vióse considerado Alfonso como príncipe italiano legítimo por el pueblo y los demás soberanos; su corte fué muy pronto el centro á donde acudieron los mejores talentos de Italia y de donde salieron los hombres mas eminentes de la época, como entre otros el papa Calixto III, que se mostró despues bastante ingrato, olvidando los beneficios recibidos en la corte napolitana. El rey Alfonso honró como correspondia en primera línea á los hijos eminentes del país con elevadas distinciones y grandes sumas, y mas todavia con su aprobacion inteligente, pues para él la proteccion á las letras, artes y ciencias no era un deber impuesto por la moda, sino una honra y una satisfaccion para el mismo príncipe.

No era Alfonso varon docto, como Federico de Urbino, pero le gustaba la erudicion. Consultó y siguió las reglas de los arquitectos antiguos para la restauracion de su palacio, como Federico les habia consultado para su palacio nuevo; le gustaban como á Federico los historiadores de la antigüedad, y finalmente, supo conciliar como el duque citado la veneracion á los poetas antiguos con el respeto debido á los autores eclesiásticos. Era religioso, pero no se dejaba enganar por supercherías piadosas, y en un documento diplomático dijo «que tratando con el clero producía mas efecto el palo que los ruegos.» Odiaba la astrología, á la cual calificaba de ciencia falsa, contraria á la razon; habia leído la Biblia catorce veces y la sabia casi de memoria. Con sus maestros y los hombres de ciencia de su corte era liberalísimo, tanto que (cosa rara en aquella época) ninguno de esta clase, fuera de Poggio, tuvo ocasion de decir una frase de descontento.

Fomentó los estudios en su país y mandaba á sus expensas jóvenes aplicados á estudiar á Paris. El entusiasmo y la admiracion que le causaban las producciones de los hombres de gran talento, eran tan naturales en él que impresionaban profundamente á todas las personas que tenian ocasion de observarle, y respecto de esto se refiere que escuchando un discurso de Gianozzo Manetti quedó tan absorto en su trono que pareció de bronce, sin moverse ni siquiera para apartar un mosquito. En otra ocasion, dicese que escuchando la lectura de unas cuantas páginas de Quinto Curcio quedó absorto y curado de un mal que le aquejaba, y un hermoso ejemplar de Tito Livio que le envió Cosme de Médicis contribuyó mucho á facilitar la paz entre Nápoles y Florencia.

El entusiasmo por los estudios le hizo perder de vista los demás intereses del país; sus favoritos llegaron á ser una calamidad pública; él mismo derrochó sumas enormes en sus obras; y con sus amorios escandalosos dió malísimo ejemplo á sus súbditos, que al fin tenian que pagar todos estos excesos, por cuyo motivo no podian con los impuestos que pesaban sobre ellos. No obstante todo esto, Alfonso fué un rey popular, porque en su trato personal era amable con todo el mundo y tan sociable que con frecuencia reunia en su palacio, como un padre, á los grandes de su reino con sus familias, siendo su norma de conducta no dejar retirar á nadie de su presencia con la cara triste.

Su hijo natural Fernando le sucedió en el trono (1458-1494), y no se pareció en nada á su padre, y menos todavia en el amor á las letras. Los primeros años de su reinado estuvo ocupado en reducir á la obediencia á los grandes de su reino, sobornados por el ingrato papa Calixto III; y vencido que hubo á los revoltosos trabajó los años siguientes en apoderarse de las personas de los grandes, hoy de uno, mañana de otro, ora empleando la astucia, ora á viva fuerza, para castigarlos por su desobediencia con crueldad nunca vista y friamente calculada. Con esto suscitó, en 1485, una nueva sublevacion de sus barones, que dió lugar á una guerra interior mas terrible que la primera, porque los rebeldes tenian en su favor la opinion del país. Los súbditos soportaban á este rey solo por la fuerza, que empleaba sin conmiseracion, porque era un tirano brutal que se sostuvo en el interior teniendo siempre sus arcas repletas, á fuerza de empréstitos forzosos, extorsiones, monopolios y toda clase de impuestos sugeridos por su hábil tesorero Francisco Coppla, y en el exterior por efecto de la hábil diplomacia de sus ministros Antonio Petrucci y Juan Pontano, á quienes supo conservar á su lado con mil promesas. A pesar de la energia cruel de su gobierno y del talento extraordinario de sus auxiliares, no supo fundar nada permanente. El y su ministro Pontano bien habian visto el peligro que amenazaba al reino de Nápoles de parte de la Francia; Fernando habia comunicado sus temores en términos lúgubres á los demás soberanos y gobiernos italianos; habia solicitado el auxilio y consejo de España, y hasta entrado en correspondencia con el rey de Francia, pero todo sin resultado. Apenas pasó el rey Fernando á mejor vida y le sucedió su hijo mayor Alfonso, duque de Calabria, hasta entonces co-regente de su padre y hombre repugnante por su carácter y vicios, cuando el rey Carlos VIII de Francia se arrojó sobre el reino, destruyó su armada y ejército terrestre y entró en Nápoles el 22 de febrero de 1495. Alfonso huyó á Sicilia, donde murió aquel mismo año. Su hijo Fernando II, pocos meses despues, consiguió volver á Nápoles, cuya poblacion le recibió con aclamaciones de alegría como poco antes habia aclamado á los franceses; pero el nuevo soberano, que solo contaba 26 años, estaba ya físicamente arruinado por los excesos sensuales y murió al año siguiente, 1496.